

de su crimen, se multiplica y habita en la redondez de la tierra; el diluvio la extermina; y queda una sola familia, la familia de Noé. Este Patriarca ha recibido de sus padres la promesa y la esperanza; Dios la confirma; y los hijos de Noé, esparciéndose sobre la tierra, llevan consigo esta esperanza. ¿Cómo no llevarla, si era su único consuelo, el tesoro de su alma? La corrupcion con la idolatría envuelve en horrores y en tinieblas todos los pueblos, menos el pueblo de la revelacion; pero al través de esas tinieblas todos vislumbran una luz, todos conservan la esperanza. ¡Ah! era muy fuerte para que pudiera extinguirse; era el cimiento divino de la regeneracion, y Dios la conservaba; los esfuerzos del infierno no pudieron destruirla. Las fábulas de Grecia y su caja de Pandora, la esclavitud de Prometeo, los secretos de los Egipcios y los oráculos de los Romanos, las misteriosas supersticiones de los Druidas en sus cavernas, los libros de los Chinos, los geroglíficos de los Americanos, todos converjen hácia un solo punto, hácia la promesa que se oyó en el paraiso; todas son ramas del grande árbol de la esperanza, cuyo tronco conservaba en su revelacion el pueblo hebreo (1). Es cosa que pasma, Señores, esa homogeneidad de ideas en pueblos bárbaros y civilizados, en la cabaña del salvaje y en la quinta del poeta, en los bosques del nuevo mundo, y en las selvas druídicas, en los teatros de Grecia y Roma, y en la morada misteriosa de los Parias y los Lamas. Toda la humanidad conserva esa esperanza, porque toda ella la recibió. Toda la humanidad levanta los ojos al cielo para ver cuándo se abre y da paso al Libertador prometido,

(1) Augusto Nicolás, Estudios sobre el Crist., parte 1, lib. 2, cap. 4, párrafo 3.

porque toda ella siente la cadena de la esclavitud (1); y víctima de la desgracia, presa de la corrupcion y del pecado, ha conocido que por sí misma no podia levantarse de su abatimiento; que todos sus esfuerzos eran impotentes, como los del esclavo, que un dia sacude con furor sus cadenas, presumiendo romperlas, y cae sin lograrlo, abrumado por su mismo esfuerzo y su fatiga. Dios quiso que el hombre conociera esta verdad; que la grandeza á que quiso llegar por sí mismo, no le puede venir sino de Dios; de Dios, que le crió á su imágen y semejanza para comunicarle su grandeza; no del hombre, que quiso ser como Dios á pesar de Dios.

La historia y la razon nos prueban, que la humanidad ha tenido siempre la conciencia de su degradacion por el pecado, y siempre ha conservado el instinto de su destino. Conociendo el mal, ha mantenido vivo el deseo de librarse de él; y viva tambien y poderosa la esperanza de lograrlo. Ha conocido el carácter del mal y su origen en el pecado, y la necesidad de una expiacion para librarse de él. Todo esto nos demuestra la historia de las religiones, y en ellas la historia de los sacrificios, medio universal de expiacion. Supuesto el pecado, y por él el desórden que separa de Dios, el universo no tenia sino dos medios de volver á su Criador, y sacudir el imperio del mal con sus consecuencias. Estos medios eran obtener gracia absoluta, ó reparar el pecado. Un perdon puro y simple, ó una reparacion equivalente y rigurosa. La esperanza estaba encerrada en esta alternativa.

Ahora bien: el perdon puro y simple, Dios en su infinita justicia no quiso concederlo. En ningun monumento está escrito: más aún; todos los pueblos, todas las

(1) Isai. XLV, 8.

religiones niegan su existencia. Jamás hombre alguno hizo profesion de creer en la absolucion totalmente gratuita del mal (1). Escuchad el grito de la conciencia universal, preguntad á los pueblos, y encontrareis en todas partes aspiraciones generosas, deseos de misericordia; pero reducidos á la necesidad de expresar estrictamente lo que es, lo que creen justo, lo que es debido, todos á la vez exclaman, dominados por un sentimiento irresistible, que el desórden moral, el pecado, no se cura sin dolor, y por consiguiente sin expiacion; que la esperanza de la regeneracion no existe sin la idea de un sacrificio en que se funde. Todos por ello han hecho uso del sacrificio, y su universalidad y su perpetuidad prueban su necesidad reconocida, como verdad esencial, como condicion impuesta por Dios (2). El mundo solo yerra en la víctima. La salud se alcanzará por la sangre: esto es lo que conserva de la verdad primera; pero pierde de vista, en sus extravíos, la cualidad de la víctima; olvida que ha de ser más que un hombre; que ha de ser el Cordero cuyo sacrificio revelara Dios á Adán, y que por ello se llama Cordero sacrificado desde el principio del mundo (3); y olvidada de ello, busca en la tierra lo que solo está en el cielo; quiere encontrar aquí bajo una sangre, que sea digno precio de rescate y baño saludable de purificacion. La de las bestias no tiene tamaño valor: busca la del hombre, y un criminal condenado á muerte ocupa el lugar de las víctimas; pero su sangre no es

(1) Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna hay que no haya tenido por objeto principal la expiacion. El hombre ha reconocido siempre que tenia necesidad de clemencia. (Voltaire, Ensayo sobre las costumbres, cap. 120.)

(2) Charron: La sabiduría, lib. 2, cap. 7.

(3) Apoc. XIII, 8.

bastante pura. Quiere otra que exhale perfumes de inocencia, y derrama la del extranjero, que acaso cae en sus manos: es poco aún. Busca la de los que ciñen corona, como si esta le diera más precio; y abismándose más y más con el rigor de una lógica inexorable, hace caer bajo el cuchillo sagrado millares de cabezas de tiernos niños, que cuelgan aún del pecho de sus madres. Así el género humano, esperando la salud y la vida, la busca en la sangre y en la muerte; así rinde homenaje á una verdad saludable, y anuncia el sacrificio, que será la señal del Dios libertador (1).

Toda esta teología de los antiguos pueblos está resumida en estas palabras de San Pablo: Sin efusion de sangre no hay remision (2); pero es imposible que la eficacia necesaria para producirla se encuentre en la sangre de los toros y corderos: por ello, entrando en el mundo el Cristo, dijo á su Padre: «Los holocaustos por el pecado no os han aplacado; pero me habeis formado un cuerpo: hé aquí que yo vengo á cumplir vuestra voluntad, realizando las esperanzas que disteis á la humanidad, de ser redimida por la sangre (3).» Y la sangre de Cristo, concluye el Apóstol, ha pacificado todas las cosas, ha reconciliado al mundo con Dios, ha elevado al hombre á la dignidad de Hijo de Dios (4).

La esperanza de los pueblos daba esperanza de un

(1) El salvaje idólatra del nuevo mundo, y el sectario civilizado del antiguo politeísmo, creen igualmente que sin la efusion de sangre no pueden ser perdonados los pecados. No habiéndose creído siempre suficiente la vida de los animales para borrar la mancha del crimen y apaciguar la cólera del cielo, con frecuencia se pedia la muerte de una víctima más noble, y los altares del paganismo eran regados con torrentes de sangre humana. (Faber, Horas mosaicas.)

(2) Ad Hebr. IX, 22.

(3) Ad Hebr. X, 4, ad 7.

(4) Ad Colos. 1, 13, 14, 19, 20.

Dios Redentor; ella, pues, se dirigia á Jesucristo. Esa esperanza se expresaba con los sacrificios; se fijaba, pues, en el sacrificio de Jesucristo. El poeta griego lo dijo entre las sombras de la fábula. ¡O hombre! tu suplicio no acabará hasta que Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por tí á los infiernos (1). El Profeta lo dice: «Tomó sobre sí nuestras iniquidades, cargó sobre sí nuestros dolores y miserias, el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con su sangre fuimos curados (2).» San Pablo lo explica: «Se hizo obediente, como víctima, hasta la muerte, y muerte de Cruz (3); se hizo por nosotros pecado (4), crucificando en su cuerpo al hombre viejo, para destruir el cuerpo del pecado (5). Se hizo por nosotros maldición, llevando sobre sí las que á nosotros tocaban; porque escrito está: «Maldito el que es colgado en un madero (6).» ¡O amor! ¡O caridad! ¡Cómo nos apremia y nos estrecha á amarle (7).»

¿Está consumada la obra? Eficaz, meritoria y ejemplarmente, sí. San Pablo lo dice también: «Jesucristo, con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado (8),» y no tiene ya necesidad, como los sacerdotes de los judíos, de ofrecer cada día nuevas y distintas víctimas por el pecado del hombre, y para abrirle la puerta de la reconciliación (9). Pero el hom-

(1) Esquiles, Prometeo encadenado.

(2) Isai. LIII, 4, 5.

(3) Ad Philip. II, 9.

(4) II ad Corinth. V, 21.

(5) Ad Rom. VI, 6.

(6) Ad Gal. III, 13.

(7) II ad Corinth. V, 14, 15.

(8) Ad Hebr. X, 10, 14.

(9) Id. VII, 27.

bre en sus esperanzas no tendia solo á la remision del pecado y á la reconciliación con Dios: la esperanza se dirigia en último término á la consecución del destino que Dios le señalaba en la creación, y del cual tuvo siempre un instinto divino. El pecado, no cambiando la naturaleza del hombre, no cambió este destino, ni arrancó de su corazón el deseo y la esperanza de llegar á él. Ese destino es elevarse á Dios, á la participación de su gloria, á la unión con él. Erró el camino, y extraviado ya, su necesidad urgente era volver al sendero recto: vuelto á él, renace el primer deseo, la primera esperanza de elevarse hasta aquel, que es su principio y su fin. El fundamento de esta esperanza, el medio de lograr lo que desea, más aún, lo que necesita, es Jesucristo. La teología católica nos lo dice: en el sueño misterioso, en el éxtasis en que Dios puso á Adán en el paraíso, durante el breve plazo de su inocencia, dice Santo Tomás, tuvo este una fe explícita en el misterio de la Encarnación del Verbo; no como Redentor del pecado, de que Adán ni pensaba que llegaría á ser culpable, sino como medio necesario, medio único de llegar á la consumación de la gloria á que Dios le destinaba (1). Jesucristo lo dice también: «Nadie viene al Padre sino por mí (2).» Nadie llega á la felicidad á que aspira, según el noble instinto de su naturaleza y la esperanza viva de su alma, sino por Jesucristo: es el fundamento, dice San Pablo, fuera del cual no puede ponerse otro (3). Si esto era ya una verdad para el hombre inocente, lo es más

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (S. Thom. in capitulum V, Epist. ad Ephes.)

(2) Joann. XIV, 6.

(3) I ad Corinth. III, 11.

para el hombre caído y regenerado por Jesucristo. Ni en uno ni en otro estado tiene el hombre en la tierra la suma de felicidad y de gloria á que Dios quiere elevarle. Del primero, lo prueba el deseo de ser como Dios, que hizo precipitar al hombre en el abismo sin fondo de la culpa: del segundo, esa sed insaciable de felicidad, de gozos supremos, eternos, infinitos y de paz inalterable que tiene el hombre. En uno y otro estado aspira á Dios, aun en medio de sus extravíos, en medio de sus desórdenes. Dios, el bien sumo, el infinito, el Eterno: hé aquí la primera aspiracion del hombre. El grande Agustin, retratándose á sí mismo, nos retrata á todos. Hemos sido formados para ti, ¡ó Dios! exclama, é inquieto está nuestro corazon hasta que descansa en ti (1). El hombre desea siempre, se afana siempre, espera siempre. Esto dice que no ha llegado al fin; esto dice que está en el camino, no en el término; esto prueba que tiene el instinto y la conciencia de lo que debe ser, y le mantiene la esperanza de lograrlo. Quitad al hombre esa esperanza, y le arruináis, le aniquiláis; y entre la desesperacion y la duda, arrastrará una existencia miserable.

La esperanza, pues, tiene por objeto supremo los bienes invisibles del porvenir, la riqueza del cielo, la vista de Dios, su gloria, su amor. Esto anhela la criatura; esto le promete el Criador (2): pero se lo promete como una recompensa, y la recompensa supone el mérito; el mérito está en la virtud, y la virtud consiste en la victoria del bien sobre el mal, elevándose por ella el hombre sobre la naturaleza corrompida para acercarse á Dios. ¿Podrá el hombre por sí mismo elevarse á esta

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. Aug. Confes., lib. I, cap. 1.)

(2) Gen. XV, 1; Matth. XXIV, 34.

altura? Imposible, si está solo. No somos suficientes por nosotros mismos para un buen pensamiento, dice el Apóstol (1): los sentidos y los pensamientos del hombre están inclinados al mal desde la juventud, dijo Moisés (2). Necesita de un auxilio superior, de la gracia, que, comunicándole fuerzas divinas, le hace capaz de todo lo bueno, segun el mismo Apóstol (3). Gracia para la virtud, virtud para el mérito, mérito para la recompensa, recompensa para ser feliz. Hé aquí lo que la esperanza hace desear al hombre. ¿Dónde lo encontrará? En Jesucristo, solo en Jesucristo. «Venid á mí, dice, los que os veis oprimidos por el peso de vuestras miserias, y yo os aliviaré (4): uníos á mí, como sarmientos á la vid, y dareis frutos en abundancia (5). Jesucristo, Señores, fundamento de toda esperanza, con su sacrificio merece para el hombre la gracia, esa luz, esa fuerza divina que le habilita para la virtud; esa inspiracion de la caridad, como la llama San Agustin, para hacer con santo amor lo que ella misma nos hace conocer (6). Jesucristo se le ofrece por modelo de santidad, é incorporando al hombre con él, le comunica su gloria, su eterna felicidad. Su sangre le limpia de pecado (7); su sangre fecundiza con la gracia la tierra del corazon; su sangre le introduce en la gloria, en cuyo tabernáculo entró él mismo, encontrando en su propia sangre redencion eter-

(1) II ad Corint. III, 5.

(2) Gen. VIII, 21.

(3) Ad Philip. IV, 13.

(4) Matth. XI, 28.

(5) Joann. XV, 4, 5.

(6) Inspiratio dilectionis ut cognita sancto amore faciamus. (S. Aug. lib. 4, contra duas epist. Pelag.)

(7) I Joann. 1, 7.

na para el hombre (1). Todo en Jesucristo; nada sin él. Segun ello, Señores, el hombre está destinado al cielo, á la union con Dios, á la participacion de Dios: tiene medios para llegar á este fin: Dios mismo se los ofrece. ¿Cómo llegará á la posesion de lo que espera? Haciéndose semejante á Jesucristo; viviendo de Jesucristo. Son las condiciones que Dios le impone, segun San Pablo (2). Una palabra lo reasume todo: Sacrificaos como Jesucristo y con Jesucristo. En el sacrificio buscó el hombre en todo tiempo la reconciliacion con Dios; en el sacrificio, la bendicion de Dios; en el sacrificio, la elevacion á Dios. En este medio lo vinculó todo el Criador; por este medio lo realizó todo el Redentor; por este medio lo alcanzará todo la criatura redimida. ¿Quereis lograrlo? Ofreced, dice San Pablo, ofreced vuestro cuerpo á Dios en hostia viva, santa, agradable, y obsequio racional; no conformándoos con este siglo, sino renovándoos en novedad de espíritu. De esta manera experimentaréis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable, perfecta (3). Esta voluntad de Dios, es vuestra santificacion (4). Para llegar á este punto, tened los mismos sentimientos de Cristo Jesus (5): despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo, criado segun Dios en justicia y santidad (6). No andeis en glotonería y embriaguez, no en sensualidad y disolucion, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo (7); crucificad vuestra carne, y sus vicios y concupiscencias, como hacen los que verdaderamente son

-
- (1) Ad Hebr. IX, 12, 14.
 (2) Ad Rom. VIII, 10, 11.
 (3) Ad Rom. XII, 1, 2.
 (4) Ad Tessal. VI, 3.
 (5) Ad Philip. II, 6.
 (6) Ad Ephes, IV, 22, 24; ad Colos. III, 9.
 (7) Ad Rom. XIII, 13, 14.

de Cristo (1), completando de este modo en vosotros lo que falta á su pasion (2); dejad la imágen del hombre terreno; llevad la del celestial (3), como miembros que sois de Cristo (4), y de este modo sereis glorificados; porque á los que predestinó para ser conformes á la imágen de su Hijo, á estos da Dios gloria (5); y á los que permanecen fieles y acompañan á Jesucristo en sus tribulaciones y su sacrificio, á estos prepara un reino, para que sean felices en convite eterno (6). Gozaos pues, en Cristo, que por la fe os da la esperanza de llegar á la gloria de hijos de Dios, y por ello gloriaos en el sacrificio y en la tribulacion; porque la tribulacion obra paciencia, la paciencia prueba y purifica, la purificacion alimenta la esperanza, y la esperanza no queda confundida (7), porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulacion, va seguido de inmenso peso de gloria (8). Hé aquí, hermanos míos, la doctrina de San Pablo, del Apóstol destinado á evangelizar las inestimables riquezas de Jesucristo (9). El sacrificio de este, segun dicha doctrina, es el fundamento de toda esperanza; y la participacion de su sacrificio, el medio de asegurar esta esperanza.

Veamos ahora en el Sacramento augusto de nuestros altares la perpetuacion del sacrificio de Jesucristo, prenda de nuestra esperanza, y estímulo y modelo del sacrificio que á nosotros nos impone para la consecucion de lo esperado.

-
- (1) Ad Gal. V, 24.
 (2) Ad Colos. I, 24.
 (3) I ad Corinth. XV, 49.
 (4) Ad Ephes. V, 30.
 (5) Ad Rom. VIII, 17, 29, 30.
 (6) Luc. XXII, 28.
 (7) Ad Rom. V, 2, ad 5.
 (8) II ad Corinth. IV, 17.
 (9) Ad Ephes. III, 8.